

Discurso del coronel mayor Agustín P. Justo a los nuevos subtenientes en 1920

23 de diciembre de 1920

Agustín Pedro Justo

Fuente

Revista Militar, año XX, N° 240, enero de 1921.

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

La sociedad humana vive en la actualidad una de esas horas que jalonan las épocas; cuando, dentro de varios siglos, nuestros descendientes miren, como siempre, hacia el pasado para escudriñar el porvenir, contemplarán los días que vivimos como el momento más interesante de la historia.

[...] La hora actual es, por cierto, más difícil entre nosotros que en parte alguna. La República Argentina es, de las naciones civilizadas, quizá la que más extranjeros tiene en su seno, extranjeros originarios de todas las razas, procedentes de todos los países y que han llegado hasta sus playas empujados, en su inmensa mayoría, por el deseo de mejorar una situación económica insostenible en su patria, en busca muchos de más justicia y de mayor libertad, y también, y no pocos, en busca de un asilo donde ponerse a cubierto de la vindicta de la sociedad justamente indignada por sus actos.

¿Qué extraño, pues, que sea el nuestro un terreno propicio para que prosperen, junto con el idealismo más noble, las utopías más descabelladas? Es natural, es evidente, a fuer de lógico, que muchos de esos extranjeros, sin arraigo en nuestra tierra, comiencen por negar la patria, ya que de la suya sólo tienen el recuerdo amargo de los oprobios a que en ella estuvieron sometidos, de las injusticias que con ellos se cometieron o de los crímenes a cuyos castigos escaparon; [...] Con ellos algunos ilusos pretenden fundar la gran hermandad humana suprimiendo las fronteras, destruyendo el vínculo sagrado de la patria, sin reparar que si algún día se logra constituir la será por un agrupamiento de pueblos y no de individuos, en la misma forma que la tribu primitiva se formó no por la reunión de hombres aislados sino por la unión de las familias. El nacionalismo no ha muerto, es hoy, como ayer y como será mañana, el sentimiento guía de las colectividades; esta verdad es indiscutida por los pueblos viejos y el mapa del mundo que se está trazando en estos instantes es esbozado precisamente en el respeto absoluto de ese noble sentimiento, que sólo pueden negar los ilusos, y, junto con ellos, los desequilibrados y los que carecen de patria porque han perdido el derecho de tenerla. Y he aquí, subtenientes, la principal tarea que os espera: contribuir al amalgamamiento de los hombres que pueblan nuestra tierra, vinculándolos a nuestras condiciones y a nuestro porvenir [...] tenéis en vuestra ayuda una historia sin mácula, un pasado como no lo puede ostentar más digno pueblo alguno, una Constitución que asegura la más amplia libertad a los hombres y un futuro que, para ser esplendoroso, no necesita sino que se nos deje laborar nuestra grandeza al amparo del orden interno y de la paz externa.

Es indudable que la paz universal perpetua, basada en la libertad, en el respeto al derecho ajeno y en la justicia, es un noble ideal a cuya

realización todo ser honrado debe aspirar; es más: debe trabajar. Su obtención, empero, está basada en dos premisas; la primera: que exista la libertad, que se asegure el derecho y que se administre la justicia; la segunda: que el nivel moral de los hombres y de los pueblos se haya levantado tanto que los individuos y las naciones sepan posponer los intereses propios a los que atañen a la comunidad. Mientras estas dos cuestiones fundamentales no sean una realidad, la guerra, instinto biológico no refrenado por un sentimiento moral, seguirá existiendo y, existiendo la lucha, hay que prepararse para ella so pena de anularse, de sucumbir, y también de demorar la hora del triunfo de esa paz que tanto se anhela. He ahí la otra función, la otra tarea que corresponde al ejército y a vosotros: es la vieja, la hasta hoy inmutable: asegurar la paz preparando la nación para la guerra. Esta misión está hoy, más que nunca, estrechamente ligada a la anterior. Ya no se juega en los campos de batalla la existencia de un ejército; se juega el ser o no ser de las naciones.

Es necesario, es indispensable un ejército eficiente preparado en la labor diaria y concienzuda de la paz, pero más necesario y más indispensable es aún que detrás de ese ejército aliente a la nación entera un espíritu que la haga merecedora del triunfo. Educar ciudadanos para la guerra no es, pues, jamás, "preparar hombres para el matadero"; es, sí, educar para la acción, pero es también enseñar a trabajar en común, pero es también, y sobre todo, enseñar a no guiarse exclusivamente por el beneficio propio sino por el bien colectivo.

[...] He dicho, al comenzar, que vivimos las horas más difíciles de la Historia. Vuestra juventud, la educación que habéis recibido en esta casa, el culto del honor, del que os sé creyentes, vuestra aptitud física para la lucha, todas estas condiciones pueden conducirnos a dejaros extraviar por espejismos que vuestra inexperiencia tome por realidades y por aspiraciones que vuestro espíritu de justicia os haga considerar erróneamente como dignas de vuestro apoyo.

La sociedad se está transformando en su contextura; una noble aspiración de más igualdad, de mejor distribución de los bienes materiales, empuja y guía a las masas ansiosas de gozar, bajo el sol, de una parte de los frutos obtenidos por el esfuerzo de sus brazos. [...] Esta transformación a que asistimos, esto que se ha denominado lucha de clases es, simplemente una evolución fatal; en la naturaleza lo inerte absoluto no existe; todo se transforma, todo evoluciona; hasta la misma piedra se pule, se desgasta y se destruye.

La orogenia moderna enseña que las transformaciones sucesivas que ha sufrido la materia para llegar de la nebulosa primitiva a la conformación

actual de la tierra, no han sido el fruto de violentas convulsiones sino que se han realizado por la acción lenta y persistente de las fuerzas durante millones de años. [...] Desconocen el mundo, olvidan la historia, se engañan, pues, los que pretenden destruirlo todo para levantar la sociedad nueva sobre las ruinas de la sociedad actual, como se engañan los que pretenden oponerse a la inevitable transformación; las leyes de la naturaleza no se violan, el torrente que se despeña no puede ser anulado aun cuando pueda, sí, ser transformado de avalancha que destruye en elemento útil que fecunda.

Entre esas dos tendencias hay otra: la representada por un grupo más o menos numeroso de hombres sensatos, de buena voluntad y de sanos propósitos que quieren que la evolución se cumpla ayudada por la acción omnipotente de la inteligencia humana.

¿Cuál es vuestro sitio en esta brega? El del ejército, pero, bien entendido, el de un ejército que no participa de la lucha porque su misión es más alta, más humana: asegurar el libre ejercicio de todas las energías mientras ellas se desenvuelvan en sus propias órbitas. El ejército no es en la sociedad contemporánea el instrumento de los tiranos, llámense estos gobiernos, castas, clases o pueblos; no es tampoco escalón para encumbrar hombres, ni tribuna para sostener ideas; es instrumento de fuerza para hacer respetar el derecho propio por los extraños, es escuela de su pueblo en la paz, es ejemplo de virtudes para su nación y es amparo de la libertad y el derecho de sus conciudadanos dentro de las normas establecidas por los gobiernos que ellos libremente se hayan dado. Es así como no estaréis vosotros ni entre los demolidores ni entre los retrógrados; vuestro pueblo, el del ejército, es también en la paz un puesto de honor y de sacrificio; lo reitero: asegurar a vuestros conciudadanos el logro de sus esfuerzos por la obtención de un mundo mejor y de mayor justicia.

[...] Que en la ruda lucha os sirva de único pendón vuestra bandera, de ejemplo de las virtudes del gran libertador, de acicate el férreo carácter del viejo luchador que fundó ésta, vuestra cuna de soldados, y de ideal el que guiara su vida y que desde la inmortalidad verá él realizado algún día al divisar, entre el polvo de las naciones en marcha, a la bandera de los argentinos no sólo acaudillando cien millones de hombres libres, sino también fijando con la serena paz de sus colores nuevos rumbos a la humanidad en su noble aspiración de mayor igualdad y de mejor justicia.

Coronel mayor Agustín P. Justo